DE GUIPÚZCOA

Modas, vestidos y recuerdos

Una de las clases denuestra escuela de Artes y Oficios de resultados más prácticos es la de corte y confección de trajes.

Hemos tenido el gusto de fijarnos en la exposición pública formada con las labores que durante el curso que acaba de cerrarse han hecho las modestas alumnas, y esa agradable colección de indumentaria femenina del día en su vistoso conjunto, ofrece tal simpatía, que despierta en el visitante agradable interés.

Nada más hermoso, nada más lisonjero que los frutos que dicha clase produce; y se comprenden además las grandes ventajas que han de reportar en las familias los adelantos que las jóvenes que con tanto esmero y constancia han conseguido durante el curso, economizando con esa laboriosidad gastos á que los inexorables caprichos de la moda obliga, pues con los conocimientos prácticos que en la clase han adquirido, ellas mismas, en sus casas pueden vestirse conforme al más co. rrecto é imperante estilo del día.

Las imitaciones de sedas, merinos y demás combinaciones de toda clase de tejidos que se simulan en el salón nos ha sugerido algunos recuerdos, siendo uno de ellos el afán que siempre ha reinado entre vascongadas por presentarse ataviadas con elegancia.

Viniendo un ministro de Francia á la corte de España el siglo antepasado, acertó á pasar por Guipúzcoa en día de fiesta y viendo tanta multitud de gente, y toda tan bien vestida, dijo que sería un país muy rico y en que había mucho dinero y que el rey debería cargarla de tributos.

Contestáronle al personaje francés que no era señal de riqueza y mucho dinero el que la gente de Guipúzcoa salga tan bien vestida en las fiestas y funciones; solamente era señal de ser la gente de gusto, aseada y amiga de parecer bien.

Dice el Padre Larramendi:

Guipúzcoa ha sido siempre dada á vestirse y engalanarse, y estiman más que les digan: Ederki apaindua zaude (Estás muy bien vestida) que no el que les digan—Oparo baskaldu dezu—(has comido muy bien).

Hoy la moda invade todo: los palacios y las vecindades, los pisos altos y bajos; lo mismo llegan las revistas de modas á las manos de las humildes hijas del trabajo que al de las damas linajudas.

Una de las prendas que va tomando proporciones *alarmantes* en la mujer es el sombrero; no puede haber accesorio que más en pugna se halle con el sentido estético, que ese ridículo casquete que las mujeres tienen la grave equivocación de plantarlo sobre sus hermosas cabezas.

Forzoso es confesar que la mantilla es aún el traje de nuestro suelo y el adorno que mejor sienta á las jóvenes y á las viejas, á las feas y á las bonitas, á las rubias y á las morenas, etc.

Ningún tocado tiene con el velo de las moras más semejanza que las mantillas de nuestras damas.

Los árabes, ardientes y celosos amadores, idearon sin duda ese encaje, para mejor favorecer el misterio de sus galanteos: los árabes españoles fueron, sin disputa, el pueblo más civilizado del mundo.

Por eso, las cristianas españolas, teniendo en sus venas no poca parte de sangre berberisca y árabe adoptaron como magnifico marco de sus primorosas cabezas la simbólica mantilla, graciosa y elegante muestra de su caracter y vivo recuerdo de nuestra poesía y de nuestra peculiar manera de ser.

Como nota curiosísima vamos á exponer á las guipuzcoanas de hoy la manera como se ataviaban sus antecesoras guipuzcoanas, allá en los tiempos de nuestras tatarabuelas.

Se cubrian la cabeza con mantilla blanca ó negra, ya de una manera ya de otra y siempre con propiedad.

Las orejas con pendientes de perlas; el cuello con una cruz pulida colgada de una cinta negra; el medio cuerpo, espalda y pecho con jubón ajustado de raso que se ataba con agujeta de seda; casaca de damasco; los brazos con manguillas ó mangas cortas de persiana; el escote del cuello cubierto con una limpísima gasa y encajes sujetada con alfileres de diferentes tipos y zapatos con hebillas. Para la iglesia se ponían una matellina oscura orlada de franja negra ó manto de tafetán del mismo color, y un rosario en las manos (precisamente de plata) y asi en el paseo, como en la iglesia, ó en visita hacían perder el juicio á nuestros venerables aitonas.

Por esto, nada tiene de particular que las guipuzcoanas del día sigan prestando culto á la tradición, y por eso en San Sebastián admiran los forasteros la elegancia y el buen gusto, llamando sobre todo la atención de nuestros visitantes ese tropel angelical de niños y niñas, verdadero ensueño, que la madre donostiarra sabe vestir cual en ninguna otra parte, dando vida, con su gusto, y brillante color y encanto á nuestros alegres paseos.

Estas consideraciones hemos recordado al admirar la feliz variación de modelos que esa simpática clase de corte expone, lo cual viene á robustecer aún más la justa fama que goza la indumentaria guipuzcoana.

Por ello, nos es muy grato felicitar á su directora doña Regina Arriarán por los excelentes resultados que obtiene en su clase.

F. LÓPEZ-ALÉN